

# El exilio visto a través de las obras “El regreso”, de Francisco Ayala y *La prima Angélica*, de Carlos Saura

Mónica Simal  
Montclair State University

**E**l exilio siempre se nos ha presentado como una lucha agónica. No sólo por lo que significa alejarse físicamente del lugar de donde venimos, sino por los tormentos de la añoranza y los recuerdos. Idealizamos el pasado y aquello que formó parte de éste se nos presenta como un mundo idílico en el que las imágenes forman nebulosas de ensueños sin poderlas distinguir de sus fronteras reales. ¿Cuántas veces no nos sorprendemos mirando ese pasado, tratando de convertirlo en nuestro presente o, en otras ocasiones, tratamos en vano de desterrarlo para dar paso al terrible esfuerzo de la adaptación? En muchos ocurre que el pasado se vuelve sólo eso, pasado, y el presente es lo único importante. Es entonces cuando llamamos patria al lugar en donde estamos, sabiendo que aquella, la del pasado, nunca más volverá a serlo. La vida del exiliado muchas veces se convierte en ese devenir entre pasado y presente. Son mundos completamente distintos que luchan por integrarse en uno solo. Sin embargo, por más que creamos enterrado lo que hemos dejado atrás, llega un día en que vuelven a asaltarnos los fantasmas que, dormidos, siempre han permanecido. Es entonces cuando tenemos que volver, y la vuelta, ese regreso anhelado, puede dar paso a la vida, o la muerte, de todo lo que estaba prisionero dentro de nosotros.

Esta problemática del exiliado, como en muchas otras, se nos presenta en la obra “El regreso” de Francisco Ayala, y en la película *La prima Angélica*, dirigida por Carlos Saura. Así nos enfrentaremos respectivamente con dos personajes que se debaten entre esta necesidad de reencuentro y por otro lado, de rechazo. En la obra de Ayala, desde un inicio se nos presenta un narrador en primera persona que se convertirá en nuestro personaje protagónico, de ahí que todas las visiones en la obra serán dadas desde su perspectiva. Él nos dice sin

más preámbulos: “Me decidí a regresar” (99) planteando el tema de la obra desde sus primeras palabras. Dice “Creo también a costa de peligros mayores hubiera vuelto: ya no aguantaba lejos... Hay quienes se burlan de la morriña gallega; yo no lo sé, mas sospecho que toda persona bien nacida ha de sentir por su país ese algo que aprieta la garganta y trae lágrimas a los ojos con su memoria” (103-04).

Y la memoria se convierte así en puente entre el pasado, el presente, y el futuro. De ahí que Carina Perelló nos diga que el que maneja la memoria, maneja también el poder. “Poder de obliteración de posibles versiones alternativas del pasado, del presente, del futuro” [...] Manipular la memoria es operar sobre un claro-oscuro: resignificar, naturalizar, ocultar, iluminar, anatemizar, endiosar, olvidar” (323). Y es así como, juntando las piezas de este rompecabezas, de esta maraña de imágenes en la memoria, que el personaje de Ayala decide regresar. De esta forma el regreso se vuelve parte de un capítulo en su vida por el cual necesita volver a deambular. El pretexto para éste poco importaba, tenía simplemente que hacerlo. La lluvia de Buenos Aires, el aburrimiento, la taza de café que su compañera sentimental, Mariana, le derramara, fueron razones suficientes como para que en un rapto, se volcase en esa nostalgia hacia la necesidad del reencuentro. Tenía que vencer su propio miedo y silencio después de tantos años. Miedo, al saber que había evadido con la distancia su

compromiso de matrimonio con Rosalía y de que, a su vez, el regreso implicaba tropezar con los fantasmas de antaño, el lugar que dejara en el caos de la Guerra Civil. Silencio, después de distanciadas cartas a sus tíos en las que decía poco o nada puesto que de ninguna forma deseaba ser recriminado por algo de lo cual, se sentía con gusto liberado. Y ahora, ante la noticia de la muerte del tío, debía confrontar los tormentos, la culpa y esos tan alargados silencios. Había, sin meditarlo un segundo, que volver a la España que una vez dejara.

En la versión cinematográfica por su parte, encontraremos a un personaje principal que también nos guiará a través de sus memorias del pasado y de sus vivencias del presente, por este mundo de imágenes. Se nos presenta a un hombre maduro que ha regresado a su pueblo natal (Segovia) y junto a este regreso es inevitable revivir las visiones del pasado. De esta forma Carlos Saura juega con los saltos temporales y la narración del presente se interrumpe con los recuerdos, en los cuales Luis, reconstruye aquellos pasajes de su niñez que se presentan como si fueran una película que estuviera mirando. Dicha película será la propia película de su vida que observa desde el presente, pero en la cual, él es su propio protagonista. Es importante destacar cómo en estas elipsis al pasado no se presenta a Luis como un niño, sino que es representado por el propio actor adulto. Saura, por tanto, hace que este personaje, reviva y viaje a los años de su infancia, a partir de su regreso.

Así, el inicio de la obra cinematográfica será esta memoria del pasado cuando las bombas destruyeron la habitación en la cual se encontraban comiendo los niños—resultando ser el protagonista uno de ellos, como más tarde sabremos. Al dar un gran salto temporal hacia el presente lo veremos en otra escena en el cementerio exhumando el cadáver de su madre; aparente motivo de su regreso. Con esta exhumación de los huesos, Luis está a su vez, exhumando su pasado. Dentro de sus memorias también exhumará aquellos pasajes que lo han marcado. La tristeza de saber que de aquellos años sólo quedan una madeja de imágenes y vivencias tan lejanas, lo hará exhumarlos y luego finalmente volverlos a sepultar, de la misma forma que lo hará con el cadáver. El pasado será en la memoria una suerte de huesos rotos, cenizas esfumadas que sólo provocarán la tristeza y el distanciamiento. Es como dijera el personaje de Ayala, “una especie de distensión, de triste desmadejamiento, de aburrimiento casi” (109).

La escena del cementerio es altamente simbólica en las dos obras puesto que en “El regreso”, el personaje visitará en el cementerio la tumba de su amigo Abeledo. A su regreso a España, la búsqueda de este amigo se había convertido en su único proyecto. La tía le había contado como Abeledo, en aquellos días de la guerra en los que se hacían los “ajustes de cuentas”, lo fuera a buscar a la casa para quizás, matarle. Al enterarse de la traición del amigo, hace

un recuento de su relación con éste. Recuerda de cómo Abeledo siempre quiso verlo casado con su hermana y quizás el haberla rechazado siempre, motivó a la traición y a la venganza durante el fervor de aquellos días. Encontrar la sepultura de Abeledo, su nombre grabado, la fecha de su muerte, fue como dar fin a su viaje de regreso. Viaje que le permitió reencontrarse con su pasado y con un país que apenas reconocía, y con el que por tanto, no podía identificarse. El estar frente a la tumba de Abeledo fue como dar cierre final a lo que años atrás dejara inconcluso. Exhumó su pasado en el cementerio de la misma manera que Luis lo hizo en el film. La resolución final de volver no se haría esperar para el protagonista de la obra de Ayala, el pasado había quedado, como Abeledo, sepultado, “encerrado a piedra y lodo” (157).

El mundo de la guerra y la destrucción como motivo del exilio nos queda claro en el libro. La España de la Guerra Civil dejará esta terrible marca en muchos de sus hijos. Muchos de los defensores de la República se exiliarán, y es así como nace la España peregrina del exilio, la patria alimentada a través de los sueños, y la España cautiva y sufrida, la que permanece para aquellos que no optaron por el escape a pesar de su inconformidad con el nuevo régimen. Vemos cómo reflexiona el personaje de Ayala en una conversación con su tía: “¿Qué hubiera podido comprender ella de mi abnegación miliciana, de mi responsable ufanía como capitán, de mi

confianza, de mi fe, de mis angustias, si al cabo de los años ni yo mismo entiendo aquellos sentimientos tan intensos y tan puros que un día llenaron mi pecho?” (110-11). Le contará cómo: “habiendo alcanzado el grado de capitán, temí por momentos quedarme encerrado en la ratonera: como oficial no hubiera escapado tan de rositas; pero que a última hora, conseguí ser de los evacuados, pasar a Francia... luego le conté de mi vida en América” (111). A la luz del presente, vemos cómo todos aquellos sueños y abnegaciones del pasado parecen sin sentido; tan solo sucesos tan lejanos como extraños. Se produce así un extrañamiento con los acontecimientos vividos, el terrible vacío, y el irreconocimiento. El personaje, al mismo tiempo, siente la necesidad de contar acerca de su nueva vida, de sus logros. Y es que, como tan acertadamente ha señalado Edward Said:

Exile is strangely compelling to think about but terrible to experience. It is the unhealable rift forced between a human being and a native place, between the self and its true home: its essential sadness can never be surmounted. And while it is true that literature and history contain heroic, romantic, glorious, even triumphant episodes in an exile's life, these are no more than efforts meant to overcome the crippling sorrow of estrangement. The achievements of exile are

permanently undermined by the loss of something left behind forever. (173)

En la gran pantalla sí presenciaremos la destrucción y el caos de la guerra. Luis que siendo un niño vivió la muerte de sus amigos en el seminario, recordará además el miedo en el que vivían. Es relevante la escena en la cual se sienten los tiroteos en la ciudad y están todos en la casa de la abuela. El repique de las campanas acentúa el pavor de todos los que correrán a cerrar las ventanas. Comienzan a rezar en la penumbra puesto que les han cortado la luz. El juego de luz y sombra y los movimientos de la cámara que pasa de un rostro a otro, reflejará el desconcierto y el miedo. El personaje que será representado por el mismo actor, indistintamente del plano temporal, como ya hemos comentado, a veces permanece como alejado, con esto nos muestra su papel no sólo como partícipe de estos hechos, sino además como de espectador ante sus propias memorias. Esta escena por otro lado es significativa puesto que nos presenta la guerra y a su vez la victoria del ejército nacional al tomar la ciudad. Han traído la noticia de que han vencido los nacionalistas y se oye una voz que dice: “Abrir las ventanas que entre la luz del día”. Y con esta luz del día entrará “la nueva España”, una España anquilosada, tradicional, una España con la cual el padre de Luis, representante del bando republicano, no está de acuerdo. Miguel ante el triunfo le dice al niño: “Ahora va a saber tu padre”.

Se nos dibuja la personalidad del padre de Luis como alguien que por motivos políticos y, y quizá incluso amorosos, no entra jamás a la casa de la abuela de éste. Más adelante, en otra escena del pasado evocado, Luis recuerda una conversación con Angélica su prima en la que le revela la historia de amor de la tía Pilar por su padre. Además le dice como la abuela pensaba que si se hubiera casado con Pilar, en vez de con su madre, la historia del padre hubiera sido diferente, quizás hubiera cambiado. Sin embargo ahora- le agrega- lo fusilarían cuando los nacionalistas dieran con él. Vemos como la dicotomía y las diferencias de ideas afectarán a esta familia española como a muchas otras. Los padres de Luis se opondrán al fervor nacionalista del resto de la familia, lo que traerá disímiles conflictos.

La desunión en las relaciones interpersonales por causa de la política y la guerra también se pone de manifiesto en el texto de Ayala. Señalamos anteriormente como el protagonista se ha enterado de la traición de su amigo al enfrentarse con su pasado. “La infamia de tantos y tantos como aprovecharon la guerra civil para satisfacer sus pequeños rencores, sus miserias inconfensables, tenía ahora un rostro: el de mi amigo Abeledo” (129). Su regreso convertido en el afán de su búsqueda, justificará su avidez por revivir el pasado, pero de ahí también surge el miedo y la necesidad del escape y de allí que exprese que “Durante todos estos días y semanas pasados había vivido yo bajo la obsesión de

un próximo encuentro con él, encuentro que consideraba ineludible e inminente; que no sabía si desear o temer” (150). El creyó que su amigo fue capaz de traicionarlo por dinero en estas misiones de depuración y limpieza en las que se vio involucrado. De sus recuerdos del pasado afloran además motivos personales. Recuerda que Abeledo siempre deseó verlo casado con una hermana a la cual él nunca le prestó atención. Y será de esta forma cómo los pequeños rencores se añadirán a la sucia política pasando por encima de la amistad.

La idea de la culpabilidad también lo atormenta. Es entonces cuando medita acerca de la idea de cuán culpables somos, o no, ante los papeles históricos que nos tocan desempeñar. ¿Qué hubiera hecho él en lugar de Abeledo? De cierta forma todos somos culpables. En la obra, Ayala no nos presenta una visión de los buenos y los malos, sino que todos somos víctimas del destino, de lo que nos ha tocado vivir. Es así como los vencidos, las víctimas, son a su vez también vistos como verdugos.

De ahí la importancia de destacar las facetas machistas de este protagonista; su egoísmo personal al nunca haberle escrito a su novia y escasamente a sus tíos, en los largos años de ausencia. Su machismo se manifiesta al pensar en la hermana de Abeledo como: “muy, muy pava” (127), “criatura insignificante” (125) además de “boba” y “zonza” (127).<sup>1</sup> El acordarse de Mariana, su compañera en Buenos Aires, sólo cuando sus deseos sexuales se veían

despiertos, lo dibujan como al vencido en su papel de verdugo. Asimismo, el protagonista de la obra de Saura también será visto en esta dicotomía.

Su prima Angélica se convierte en blanco de su egoísmo. La suerte de esta prima le había quedado suspendida en un posible desinterés, o distanciamiento circunstancial ya por los sucesos de este pasado tormentoso, o ya por el implacable e incontenible decursar del tiempo. Cuando ambos se encuentran y él comienza su recorrido imaginario por el pasado la utiliza como hilo conductor de sus recuerdos. La vuelve a besar como cuando eran niños, sin importarle que ella lo quiera y que ha revivido con su llegada una expectativa de cambio ante la frustración de su matrimonio. Sin importarle sus lágrimas y la necesidad de apoyo, vio con esto el momento de una nueva partida. Se produce en él una incapacidad de relacionarse con esta mujer. Hay un temor a comprometerse en su presente. Su intercambio con el pasado desde la luz de su vida actual, es puramente anecdótico, no quiere traerlo verdaderamente a su vida. Quiere escapar dejando enterrado todo lo vivenciado. De ahí que su actitud sea escurridiza al Anselmo, esposo de su prima Angélica, sugerirle la posibilidad de poder visitarlo en Barcelona.

¿Partida o regreso? Ambos personajes de estas obras que se suponían regresaban a un encuentro con su pasado, con su tierra, con sus añoranzas, decidieron regresar a donde muchos años atrás se habían exiliado. La nueva España encontrada era

también una nueva tierra, de ahí que les surgiera este sentimiento de extrañamiento que los condujo al escapismo. La reconstrucción nostálgica del pasado conllevó a un sentimiento de inadaptabilidad a las nuevas circunstancias, a las nuevas formas de vida. El protagonista de Ayala siente que la España con la que se encuentra es un lugar detenido en el tiempo. Su regreso a Buenos Aires es hacia el progreso, el avance, hacia la tierra que le abrió los brazos y que él ha hecho suya. La obra culminará de la misma forma en la que ha comenzado: “adopté la resolución de volverme a Buenos Aires” (157). Y es que si de Buenos Aires lo sacó cierta desidia que lo impulsó a regresar al Santiago de sus recuerdos, ahora siente que debe retornar a la tierra que lo acogió puesto que extraña su vida, su trabajo y hasta el café. “Me puse a revolver mi café, di un sorbo; que diferencia, demonio con el que uno toma en Buenos Aires, la verdad sea dicha, el café que se toma, pensaba yo, es excelente” (131). En contraste, Santiago la de sus recuerdos, queda sepultada, callada, y se ha convertido en un lugar extraño de rostros desconocidos.

Increíblemente, solo el tiempo anterior a mi regreso: Buenos Aires, la avenida de Mayo, el Dock Sud, las oficinas de la empresa y el aceite de mesa maraca “La Andaluza”, el almacén de Coutiño, mi casa, Mariana, sólo eso tenía consistencia para mí, mientras que Santiago de Compostela

y mi estúpido peregrinar por los alrededores del Pórtico de la Gloria durante un par de semanas largas, la ciudad toda que subsistía ahí, fuera de la ventana, más allá de este cuarto, de esta casa, de la cerería, era tan alucinatoria como el sórdido encuentro que la víspera había tenido en el burdel con aquella condenada de María Jesús (155).

Buenos Aires es por tanto, la nueva casa, lo familiar, lo ya imposible de abandonar ante el extrañamiento, la poca identificación con el pasado, con la vida de los recuerdos, que son y serán sólo eso: pasajes como melodías distantes, fragmentos de rostros y voces que carecen de sentido.

La vida, como la historia, es un círculo cerrado de vida, muerte, partida, regreso. Por su lado, Luis retorna a Barcelona tras su enfrentamiento con una Segovia que también parece detenida, con aquel cuarto alcanforado y con camas cubiertas de plástico en donde el pasar del tiempo sólo es ligeramente percibido por algunos cambios en el mobiliario. Al llegar a su ciudad natal exhuma los huesos de su madre, exhumando también su pasado, aflorando todos los hechos y sentimientos. Se ha encontrado con una prima que ya tiene una hija. En ésta última, Luis encontrará una esperanza para una nueva España; una España más alegre y optimista. La niña le servirá de vínculo

para recordar. Aunque Luis reconocerá que, como dijera el padre de la pequeña,, no puede acordarse de la guerra puesto que ya hace más de treinta años de eso y a nadie parece importarle ni tan siquiera recordarla. Es así como Luis tendrá que volver a enterrar su pasado; un pasado que creyó necesitar revivir, pero del que se percata que está a fin de cuentas, muy lejano ya. No es posible cambiar el curso de los acontecimientos, y la vida continua en su devenir. El olvido es también parte del proceso de la memoria como señalara Carina Perelló. Este enfrentamiento lo sufrirá además el protagonista de Ayala cuando llega a la casa de la tía y se percata de que todo lo demás sigue estando ahí sufriendo el paso del tiempo y el hambre; sólo observa que: “esa cortina no es la de antes” (108).

Y es que estos personajes han necesitado apropiarse de los objetos, los olores, los sabores, la música y las personas para reconstruir un pasado ya tan lejano como los ecos de la guerra. Un pasado al que han regresado para a su vez abandonar. Un pasado con el cual no pueden reconciliarse, un mundo ajeno por completo y un regreso a la nueva vida que construyeron desde el momento mismo en que decidieron partir. El viaje, el camino, como único puente entre estos dos mundos, será el destino final.

#### Notas:

1 Esta hermana “víctima” por las circunstancias se

convertirá ahora en “victimaria” o quizás sea aún “víctima”, en su nuevo rol como prostituta.

### **Obras citadas**

Ayala, Francisco. “El regreso”. *La cabeza del cordero*. Buenos Aires: Losada, 1984.

*La prima Angélica*. Dir. Carlos Saura. Perf. José López Vázquez, Lina Canalejas y Fernando Delgado. 1974.

Perelló, Carina. “El poder de la memoria. La memoria del poder”. En Saúl Sosnowski (comp.) *Represión, exilio y democracia: la cultura uruguaya*, College Park: Universidad de Maryland, 1987.

Said, Edgard W. *Reflections on exile and other essays*. Cambridge: Harvard University Press, 2000.